

Viejas ideas que hoy nos gobiernan

Héctor Barragán Valencia

hector_barragan@hotmail.com

Ideas tan antiguas como las plasmadas en la mitología griega, la *Biblia* o el *Corán*, moldean hoy nuestra forma de ver y de entender el mundo; norman nuestra conducta y son el soporte de la cultura; también son las que cimentaron nuestra estructura legal y forjaron las jerarquías e instituciones. Por ello no debe extrañar que el viejo debate entre San Agustín y Pelagio en los años 350-400 después de Cristo acerca del hombre, el pecado original y Dios sigan vigentes porque durante años cultivaron nuestra mente y corazón, por lo cual ahora son inconscientes, pues muy pocas veces solemos preguntarnos por qué pensamos y actuamos de la manera que lo hacemos o creemos en tal o cual cosa.

Pelagio, al interpretar las sagradas escrituras sostiene que si Dios hizo al hombre a su imagen y semejanza, entonces el hombre no tiene límites, pues forma parte de la divinidad y, como ente divino (un Dios en ciernes, embrionario), su voluntad es su frontera: llegará tan lejos como desee. San Agustín piensa, en cambio, que el hombre es finito y falible, y que esa soberbia (he aquí es el verdadero pecado original) lleva a los mayores abusos y a las peores atrocidades; claro, del hombre contra el hombre. De ello deriva la idea de que el hombre es el lobo del hombre.

¿Cuáles son algunas de las consecuencias vigentes de estas ideas? Varias de las utopías más sanguinarias, como el nazismo y el comunismo, son fruto de esa concepción de que la voluntad del hombre no tiene límites y que puede recrear el Cielo aquí en la Tierra. También comparte el

mismo ideario el neoliberalismo que cree que el mercado lo es todo y, por tanto, la dignidad, los valores y la propia vida tienen precio.

De ahí que haya hoy más esclavos y comercio de personas que antes de la abolición de la esclavitud, y que también haya tanta desigualdad, miseria y hambre a pesar de que jamás haya habido tanta riqueza.

Por su parte, las ideas de Agustín de que la salvación no depende del hombre sino de Dios, acaban con el aliciente para actuar y reducen al hombre a la impotencia, pues está condenado a ser eternamente niño, por lo cual se debe ser indulgente con sus fallos: la ley es arbitraria.

En la Ilustración, autores como Montesquieu y Rousseau, rechazan tanto la exaltación de la voluntad pelagiana (que lleva a excesos a quien ostenta el poder, pues impone al mundo su manera de verlo y sus intereses), como la imponentia a que nos condena Agustín y que solapa a la arbitrariedad y nos condena al subdesarrollo. Para aquellos pensadores ilustres el hombre y su mundo son imperfectos, pero no por ello se debe renunciar a mejorarlos, aceptando sus límites.